

SEN, AMARTYA

Identidad y violencia. Las ilusiones del destino, traducción de Servanda María de Hagen y Verónica Inés Weinstabl, Buenos Aires: Katz, 2007, 270 pp. Título original: *Identity and Violence: The Illusion of Destiny*, New York: Norton & Company, 2006.

Pese a la creación de espacios e instituciones democráticas locales y globales que fomentan la capacidad de diálogo y tolerancia entre diversos grupos humanos, los conflictos basados en subrayar las diferencias culturales o religiosas todavía son frecuentes en diversas partes del planeta. Reforzar la identidad de un grupo fortalece la solidaridad entre sus miembros, mas la historia muestra que frecuentemente la contraparte puede ser no solo la exclusión, sino el odio y la violencia proyectada hacia los diferentes o los grupos que se consideran tradicionalmente enemigos. Algunos de los conflictos que ilustran claramente el problema se produjeron en los Balcanes, Ucrania, Timor, Israel, Palestina, Ruanda¹.

La tesis central del sobrio y bien documentado libro de Sen es que muchos de los enfrentamientos y las atrocidades se sostienen en la ilusión de una identidad única o esencialmente privilegiada que no permite elección. La tesis tiene mucho respaldo empírico, pues el autor colecciona relatos de diferentes partes del globo y de la historia donde los grupos en conflicto han apelado a su identidad cultural. Es necesario poner en cuestión la primacía de la cultura. ¿Las personas se caracterizarían simplemente o sobre todo por la identidad cultural? ¿Las otras identidades –profesionales, de género, clase social, afición, entre otras– son solo secundarias? ¿Cuál es el rol de una

¹ Incluso la reciente ola de violencia en Kenya –diciembre 2007 y enero del 2008– tuvo como protagonistas principales a dos grandes tribus: los *luo* y los *kykuyo*.

visión singularista que ennoblece exacerbadamente la identidad cultural para convertir el nacionalismo o etnocentrismo en xenofobia?

Si bien es un libro escrito contra la violencia, también advierte que hay otros males –o versiones de la violencia– que se pueden producir por considerar un aspecto singular de la identidad. Como bien ha mostrado la teoría de Nancy Fraser, es falso y peligroso leer la realidad social privilegiando una única variable –sea la cultura, el género, la clase social, entre otras–, pues se generan injusticias en diversos frentes². Pedir a una mujer que se considere solo tal, por encima de otros aspectos –digamos, profesionales, culturales, religiosos, entre otros–, ha obstaculizado el proceso de reivindicación de las mujeres generando tensiones y conflictos respecto de sus otras identidades. Entonces, leer la historia como la lucha de clases, la guerra de los sexos o el conflicto permanente entre culturas o razas permite explicar algún aspecto de la vida social –normalmente el aspecto que ha sido privilegiado. Sin embargo, creer que una de ellas es la lectura correcta, pese al atractivo y persuasión que algunas teorías tienen, significa reducir y catalogar estrechamente la compleja realidad social, a la vez que se alimenta conflictos e injusticias.

La alternativa ante la peligrosa apelación a un único aspecto de la identidad es el reconocimiento de filiaciones que compiten entre sí y que forman las complejas personas que somos. Por ejemplo, “un trabajador *hutu* de Kigali puede ser presionado para considerarse sólo *hutu* y para matar *tutsis*; no obstante, no sólo es *hutu*, sino que también es ciudadano de Kigali, ruandés, africano, trabajador y ser humano”³.

El recurso a la pluralidad de aspectos identitarios requiere dos ejercicios diferentes, aunque interrelacionados: decidir cuáles son nuestras identidades relevantes, y sopesar la relativa importancia de estas identidades diferentes. Ambas tareas exigen razonar y elegir. La importancia de una identidad

² Fraser, Nancy, *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*, Santa Fe de Bogotá: Universidad de los Andes / Siglo del Hombre Editores, 1997; Fraser, Nancy, “Justicia social en la era de la política de la identidad: Redistribución, reconocimiento y participación”, en: Fraser, Nancy y Honneth, Axel, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*, Madrid: Morata, 2006.

³ Sen, Amartya, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, traducción de Servanda María de Hagen y Verónica Inés Weinstabl, Buenos Aires: Katz, 2007, p. 26.

particular dependerá del contexto social. Por ejemplo, cuando vamos a una cena nuestra identidad alimentaria –como vegetarianos– sería más crucial que nuestra identidad profesional –como filósofos–, mientras que la última será particularmente importante si consideramos ir a una conferencia de filosofía. Asimismo, no todas las identidades tienen necesariamente una importancia duradera, algunas son tangenciales y poco profundas. Podemos crear múltiples clasificaciones identitarias, basándonos en rasgos físicos o culturales; sin embargo, no todas servirían como base razonable para una clasificación importante.

Afortunadamente, la mayoría de veces no es complicado convivir con diferentes lealtades identitarias. Así por ejemplo, los compromisos personales como ciudadano, heterosexual, agnóstico, literato y otros no tienen que entrar necesariamente en fuerte conflicto entre ellos, aunque sí compitan de vez en cuando para obtener nuestra atención y nuestra prioridad. “No se trata de que una persona tenga que negar una identidad para dar prioridad a otra, sino más bien de que una persona con identidades plurales tiene que decidir, en caso de un conflicto, sobre la importancia relativa de las diferentes identidades para la elección particular en cuestión”⁴. Revisemos dos obstáculos que Sen detecta y afronta desde su propuesta.

§1. Comunitarismo: ¿La identidad solo se descubre?

Un primer obstáculo para esta solución sería una corriente teórica en torno al supuesto de la identidad privilegiada del aspecto cultural. Una visión tradicional y, a la vez, actualizada de un tipo de comunitarismo asevera que la identidad comunitaria es incomparable a otras y esencial a la persona, por encima de la elección de los miembros que por destino o azar han nacido en determinada comunidad. Si las personas ante todo no eligen su identidad, sino que solo la descubren, sus obligaciones para con la comunidad que la otorgó son muy fuertes. Esta conclusión se obtendría de dos líneas de razonamiento alternativas que Sen cuestiona.

⁴ Sen, A., *ibid.*, p. 56.

Una línea argumenta que una persona solo tiene acceso a concepciones de identidad y formas de pensar desde su comunidad. Su origen comunitario determinaría el lenguaje y los patrones de razonamiento y ética que tiene a su disposición. Sin embargo, para Sen esta afirmación es demasiado fuerte y rígida. Desde luego, ciertas actitudes y creencias culturales básicas influyen sobre nuestro razonamiento, mas no la determinan invariablemente. Existen diversas influencias posteriores e incluso voces críticas o de renovación dentro de nuestra comunidad. De lo contrario, habría que asumir, contra toda evidencia empírica, que las comunidades o culturas son rígidamente estáticas.

Una segunda línea argumentativa dice: la identidad, de todas maneras, es una cuestión de descubrimiento; en caso de comparaciones, la identidad comunitaria será considerada la fundamental. Por ello, la pregunta central para la ética no es *qué debemos hacer*, sino *quiénes somos*. Contra ello, Sen argumenta que el sentido de pertenencia a una comunidad –aunque sea suficientemente fuerte– no borra o destruye otras asociaciones y filiaciones, ni necesaria ni frecuentemente. Debemos ser conscientes de que tenemos formas diferentes de identificarnos en nuestras ubicaciones dadas en las más diversas situaciones cotidianas. “El punto en cuestión no es si es posible elegir *cualquier* identidad (eso sería una afirmación absurda), sino si de hecho podemos elegir entre identidades alternativas o combinaciones de identidades y, lo que quizás es más importante, si tenemos libertad sustancial con respecto a *qué prioridad* darles a las diversas identidades que podemos tener simultáneamente”⁵.

Creo que es importante destacar dos comentarios a este debate planteado por Sen contra los comunitaristas. Primero, me parece algo injusta o demasiado general su caracterización del comunitarismo. Si bien menciona autores como Taylor, Walzer y Sandel –sobre todo este último– tendría que explicar con más detalle cómo es que uno de ellos defiende un modelo de identidad como él les adjudica. Por ejemplo, la obra filosófica de Charles Taylor se ocupa extensamente del proceso de construcción de la identidad subrayando que esta entraña tanto descubrimiento como originalidad y creación.⁶ Por su parte, Michael Sandel ha rectificado, o al menos aclarado, su postura respecto

⁵ Sen, A., *ibid.*, p. 67.

⁶ Taylor, Charles, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona: Paidós, 2006. *Ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós, 1994.

del tema.⁷ Si bien Michael Walzer defiende el lugar central de los vínculos no libremente elegidos en la vida moral, reconoce que son revisables.⁸ En suma, no estoy seguro de que sean tan opuestos a Sen; por el contrario, creo que esos autores comparten muchas de sus afirmaciones. Estos pensadores reconocen que todos estamos siempre haciendo elecciones, aunque sea de modo implícito, acerca de las prioridades que debemos asignarles a nuestras diferentes filiaciones y asociaciones.

Un segundo punto que comentar es la opción de Sen por el ejercicio racional, crítico y autónomo para sopesar nuestras filiaciones, antes que aceptarlas de manera instantánea. Muchos guardianes de sus tradiciones han estado a la defensiva frente a propuestas como estas, pues el ejercicio crítico y autónomo parecería una forma nada sutil de occidentalización. Sen no responde directamente este problema. No obstante, en el espíritu de su trabajo podemos entender que se puede favorecer la reflexión racional como una toma de postura por una forma de vida, que no es necesariamente un proceso de occidentalización. En su texto, habría dos posibles argumentos o al menos dos versiones del mismo. Primero, la reflexión, deliberación u otros términos cercanos a lo que llamamos formas de razonamiento occidental serían patrimonio de muchas culturas, por ejemplo, en India o Japón, si estudiamos el tema sin tipificaciones simplistas. Segundo, no es necesario suponer que hay algo así como una única razón, sino que al menos existen diversas racionalidades que favorecen lo que en Occidente se llama reflexión crítica. La simplificación que estereotipa o tipifica las culturas puede ser un impedimento para comprender que no solo lo racional es occidental. Eso lo apreciaremos mejor revisando el segundo obstáculo.

⁷ Sandel, Michael, *El liberalismo y los límites de la justicia*, Barcelona: Gedisa Editorial, 2000. En esta obra Sandel critica vehementemente la supuesta concepción vacía, angosta, abstracta e incorrecta que subyace a las teorías liberales –sobre todo la de John Rawls– del yo, como agente posesivo y capaz de elegirlo todo. El énfasis crítico situaría a Sandel en las antípodas: la identidad no se elige, se descubre. Es en la segunda edición –16 años después de la primera– donde Sandel reajusta su propia postura.

⁸ Walzer, Michael, *Razón, política y pasión*, Madrid: Machado Libros, 2004.

§2. ¿Existen civilizaciones que chocan?

Otro obstáculo para la solución que Sen plantea al problema de la relación entre identidad y violencia es la existencia de “teóricos culturales que clasifican a la gente en pequeños casilleros de civilizaciones dispares”⁹. Por los énfasis puestos, parece que el libro de Sen estuviera expresamente escrito contra Samuel Huntington. Recordemos brevemente que el debate comenzó antes. Francis Fukuyama, en *El fin de la historia* (1992), sostenía que las democracias liberales se irían imponiendo en todo el mundo, pese a diferencias culturales, entre otras. Para este polémico autor, el único camino disponible y viable para la humanidad era el occidental en términos políticos y económicos. Refutando a Fukuyama, Samuel Huntington publicó *El choque de civilizaciones* (1996), donde sostiene que el mundo contemporáneo está clasificado en siete u ocho grandes civilizaciones –agrupadas en torno a una gran cultura y religión común– que, lejos de ser absorbidas por Occidente, se apertrecharían en su identidad. Esta tesis se apoyaría en la presencia de sendos conflictos intercivilizatorios presentes en los últimos años de la Guerra Fría y después de ella.¹⁰ Tras los sucesos del once de septiembre del 2001, el libro de Huntington se convirtió en un manual para la política internacional: el mundo se habría polarizado en bloques que tendrían a occidente cristiano y oriente musulmán como figuras emblemáticas del bien y del mal.

Para Sen, en vez de preguntarnos si las civilizaciones chocan o lo harán, primero debemos saber si existen tales civilizaciones. Sucede que la tesis del choque de civilizaciones se basa en el supuesto de la relevancia única o absolutamente privilegiada de una clasificación singular. La visión del mundo de Huntington sería reduccionista o simplista, “una percepción algo borrosa de la historia mundial”¹¹. Se estaría pasando por alto, primero, la magnitud de las diversidades internas dentro de estas categorías civilizatorias y, segundo,

154

⁹ Sen, A., *ibid.*, p. 27.

¹⁰ Huntington, Samuel, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Paidós, 2005. El libro analiza algunos conflictos: Sudán; Sri Lanka; la guerra del golfo; Afganistán y Rusia; Croacia, Serbia y Bosnia; India y Pakistán; Indonesia; Filipinas; Chechenia y Rusia; Israel y Palestina; IRA e Irlanda del Norte; entre otros. El conflicto del que más se ocupa es la Guerra de los Balcanes donde Occidente cristiano apoyaba a Croacia; Rusia y Grecia –occidente ortodoxo–, a Serbia; y el mundo islámico, a Albania. Allí tendríamos por lo menos tres civilizaciones claramente demarcadas y en pugna que, según Huntington, probarían su tesis.

¹¹ Sen, A., *ibid.*, p. 35.

el alcance y la influencia de múltiples interacciones que cruzan las fronteras regionales de las denominadas civilizaciones. Veamos ambos puntos.

La tesis de Huntington presupone que, por ejemplo, lo musulmán y lo occidental son realidades culturales esencialmente uniformes. Sen, en una notable muestra de erudición y conocimiento de las historias, muestra por qué no se les puede considerar esencias en un sentido fuerte. En el caso de lo musulmán, no existe tal unidad presupuesta. Por ejemplo, la separación de Bangladesh del Pakistán no se basó en la religión, puesto que la compartían, sino en la lengua, la literatura y la política. Además, no existe una razón empírica para “dar primacía sólo a las creencias religiosas y no también a la ciencia y la matemática, a las que las sociedades árabe y musulmana han contribuido tanto y que también pueden ser parte de una identidad musulmana o árabe”¹². Los musulmanes hallaron su orgullo en sus creencias religiosas; pero no tuvo –ni tiene– que ser así. Lo mismo ha pasado desde el otro lado, el occidental. El libro cita diversas situaciones donde descubrimientos orientales se generalizaron –por no decir *patentaron*– como occidentales. Por ejemplo, la ciencia matemática durante la Edad Media era floreciente en Medio Oriente; pero ahora se habla sin más de ella como parte de la ciencia occidental. Por otro lado, muchos *descubrimientos* occidentales, como la imprenta o la tolerancia religiosa, tienen parientes más antiguos en Oriente. Tal vez el caso más ilustrativo sea el de la democracia. ¿Por qué habría que sentenciar sin mayor examen crítico que la democracia es un aporte occidental a la humanidad? Fuera de Europa prácticas relacionadas al término de origen griego, democracia, han tenido significativos desarrollos. Incluso se cita la autobiografía de Nelson Mandela, quien afirma haber aprendido de niño la democracia –o su equivalente– en su tribu y luego pasó largos años de su vida tratando de imponérsela a los occidentales que colonizaron Sudáfrica.

El libro de Sen es un buen texto para comprender tres temas: algunos de los conflictos más importantes que se presentan en los albores de este siglo, la importancia de la cultura en la vida de las personas y los grupos, la compleja historia de las culturas que han arribado a tipificaciones incorrectas y populares. Si la tesis principal fuera correcta, podríamos predecir que aún estamos

¹² Sen, A., *ibid.*, p. 40.

lejos de una adecuada convivencia cultural dentro de la gran mayoría de países y, desde luego, en sus mutuas relaciones. Donde la identidad cultural sigue siendo el factor excesivamente privilegiado de orgullo y autocomprensión, nos hallamos potencialmente frente a diversas formas de violencia.

FRANKLIN IBÁÑEZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

fibanez@pucp.edu.pe